

E. Solar Correa.

UN GRAN POETA EN PROSA

ALONSO DE OVALLE (1601-1651)

LOS libros arcaicos, leídos con criterio y espíritu moderno, resultan muy aburridos. Hay que saber paladear su sabor característico de mundo nuevo, infantil, para encontrar el atractivo que en ellos se esconde. Hay que aprender a gustar su fresca ingenuidad. El placer no está tal vez en lo que guarden de arte o de belleza—y aun en este campo suelen producirse deleitosos hallazgos—, sino en penetrar, en comprender la psicología de aquellos hombres lejanos que tuvieron también sus afanes, sus orgullos, sus amores, diferentes a los nuestros, banales o pueriles acaso, pero que para sus vidas eran de una esencial importancia.

Entre nuestros libros viejos—vale decir entre nuestros libros coloniales—, existe uno particularmente amable por el que hoy quisiéramos adentrarnos con espíritu sencillo, cordial.

Bordeaba el P. Alonso de Ovalle los cuarenta años. Hacía más de veinte que una tarde, tras las alegrías de una fiesta, con sus atavíos de gala, fuera a golpear a los claustros jesuítas. Ya la novelesca historia estaba olvidada. Ahora los superiores de su Orden le envían en misión especial a España e Italia. Va, entre otras cosas, a buscar hermanos de su religión que quieran venir a Chile a evangelizar indígenas. Pero le ocurre que en el viejo continente nadie conoce ese país remoto.

Habiéndome venido del Reino de Chile—escribe nuestro jesuíta—y hallando en éstos de Europa tan poco conocimiento de él que en muchas partes ni aun sabían su nombre, me hallé obligado a satisfacer el deseo de los que me instaron diera a conocer lo que tan digno era de saberse.

Tal fué el origen de la *Histórica Relación del Reino de Chile*.

Ante todo y de paso, observemos que en este título la voz sustantiva es *relación* y no historia. Importa recalcarlo porque, en justicia, no debe mirarse el libro como una producción de dicho género, por lo menos en la acepción estricta de la palabra. La *Histórica Relación* es más bien la obra de un enamorado de su tierra que, henchido de ella, la recuerda desde el extranjero, anhelando transmitir a los demás sus gozosas sensaciones. Y así va describiéndola en todos sus aspectos—el paisaje, las costumbres, los hechos históricos, los productos del suelo—y, como coronación y término, el relato de las actividades evangélicas, pedagógicas y sociales de la Compañía de Jesús, que fué el nervio y el alma de la vida colonial (1).

(1) Ovalle dió su obra a la estampa el año 1646 en Roma, donde residió algún tiempo como Procurador General de los jesuitas chilenos. La publicación se hizo simultáneamente en italiano y en castellano. Hasta entonces no había visto la luz ninguna historia de Chile. La versión castellana, reeditada en la *Colección de Historiadores de Chile* (1888), abarca dos gruesos y nutridos volúmenes. La materia se halla dividida en ocho libros. Los dos primeros tra-

En Ovalle estamos lejos de esas crónicas más o menos invertebradas que han sido tan frecuentes en Chile y cuyos capítulos no tienen otro nexo que la cronología; al contrario, en su obra descubrimos un organismo bien trabado y armonioso. Las diversas materias se hallan distribuidas de modo que la lectura se haga variada y amena, pero sin que esa variedad en ningún momento perjudique a la arquitectura del conjunto. Hay anécdotas y digresiones. Los hechos bélicos y políticos, que suelen atiborrar las páginas de nuestros libros históricos como única razón de ser de la vida nacional, ocupan aquí un espacio proporcionado, no mayor, por ejemplo, que el que se destina a usos y costumbres. El autor marcha por una senda zigzagueante que avanza, se curva, retrocede y torna a avanzar, mas nunca se sale de ella: sabe dónde es preciso detenerse, dónde conviene apresurar la marcha y cuál será el término de su jornada.

Hablando de una producción de la índole de ésta, parece elemental referirse a su valor como documento histórico; pero es un punto que no nos interesa. Queremos estudiar al escritor, no al historiador. Al último lo conocen bastante los eruditos, a aquél aun no lo conocemos.

Ovalle es, en su esencia, un poeta, y por sobre la verdad, atrae en su obra la belleza. Antes que como a historiador ha de estudiársele como a poeta, acaso el más insigne poeta en prosa nacido en Chile. Otros nos darán tal vez algún dato más preciso, alguna fecha más exacta. Mucho vale eso (1). Pero Ovalle nos da algo que,

tan de la naturaleza y propiedades del suelo de Chile, y el tercero de sus habitantes. Los tres siguientes refieren la conquista española y la guerra de Arauco. En el séptimo se exponen los medios de paz arbitrados por el P. Luis de Valdivia, y en el último, que es el más extenso, las diversas actividades apostólicas y educacionales de la Compañía.

(1) No se entienda que pretendemos menoscabar el indudable mérito histórico de la obra, en cuyas páginas se encierra gran número de noticias y detalles valiosísimos que, como afirma Medina, «sería imposible encontrar en otra fuente».

para nosotros, vale infinitamente más: nos da la visión de una época pretérita, con su alma y sus costumbres, y el paisaje que vieron otros ojos, apagados siglos ha.

Todo el material acumulado desde los tiempos coloniales, toda la investigación microscópica de nuestros historiadores modernos, toda su científica exactitud, no serán nunca capaces por sí solos de proporcionarnos el espectáculo vivo, tangible que Ovalle nos ofrece en muchas de sus páginas. Como un ejemplo cualquiera léase el capítulo en que relata la expedición de Almagro a Chile. Trascribamos las líneas donde se pinta el paso de la Cordillera. Cuadro escalofriante, dantesco:

No es decible cuán apretados venían ya de hambre y frío, así los españoles como los indios por las asperezas de aquellas montañas. Aquí atollaba éste en la nieve y antes de morir, quedaba sepultado en ella; el otro se arrimaba a una peña y se quedaba riendo de frío, estacado en ella como si fuera de palo; si aquél se paraba un instante a tomar resuello, le pasaba de parte a parte el frío, como si fuera una bala, y lo dejaba yerto, sin poder moverse más. . . .

Vicuña Mackenna llamó a Ovalle «el primer historiador de Chile» y, en cierto sentido, acaso no sólo lo sea en el orden de los tiempos (1). La *Histórica Relación* es probablemente el mayor intento de historia artística que se haya realizado en nuestro país.

En Chile, durante los años de la Colonia, existe un problema perenne y siempre palpitante: la guerra y la evangelización de Arauco. Todas las miradas se polarizan allí. El indígena es el tópico obligado en las conversaciones, en la correspondencia epistolar, en los libros. El siglo XVI lo mira como un bárbaro peligroso y se piensa que es preciso someterle o destruirle. Pero en la centuria siguiente despuntan dos tendencias antagónicas, la una hostil, la otra amiga del indio. Surgen

(1) El autor de la *Historia de Santiago*—recordémoslo aquí—, siendo Intendente, dió a una de las calles de la ciudad el nombre de Alonso Ovalle.

violentas polémicas. La armonía y la serenidad no fueron virtudes del siglo XVII. En el bando de los amigos están los jesuítas y los que se han formado en sus aulas, que es como decir el núcleo más culto de los habitantes de Chile: gentes en cuyos corazones arraigaron desde la infancia las caritativas pero utópicas doctrinas del Padre Luis de Valdivia y que caldearon su imaginación en las estrofas de *La Araucana* y del *Arauco Domado*. El otro bando—el adverso al indio—está constituido por hombres de espíritu más práctico, más positivo, pero de menos letras. A causa de esto la voz de los defensores se oye mejor. Es casi la única que se oye. Y ya se sabe que de la defensa al ditirambo sólo media un paso.

Alonso de Ovalle inicia en el dominio de la historia—en varios aspectos es un iniciador—la ciega apología del indio, cantinela que vendrá rodando de siglo en siglo, y cuyo eco aun no se apaga en nuestros días. En su exaltación, el panegirista llega, inconscientemente, hasta alterar la topografía del suelo patrio. Y así al denominar a sus pobladores autóctonos «los valerosos cántabros de América», repara en que son más que los cántabros porque éstos tenían la defensa natural de sus ríspidos montes y los araucanos contaban sólo con su valor. Evidentemente el buen jesuíta ya no recuerda que algunas líneas más arriba—definiendo a los mismos indios—escribió esta magnífica frase que no nos es posible olvidar:

hijos de aquella cordillera, que parece les pega lo crudo e in-contrastable de sus inexpugnables rocas y asperezas.

La admiración no le lleva, sin embargo, hasta esa especie de sentimentalismo que se apoderó de algunos adeptos de las teorías del P. Valdivia. Bien lo muestra la suave ironía que se disimula en la siguiente anécdota.

En cierta ocasión—refiere Ovalle—un hermano de su orden se lamentaba del poco abrigo que usaban los indios y del frío que debían experimentar en invierno. Un caballero que esto escuchaba, interrumpió de súbito al dolido fraile:

—Vuestra paternidad, ¿qué reparo trae en la cara para defenderse del frío?

—¿Yo, señor? Ninguno.

—Pues ¿qué piensa, padre, que son estos indios?: todo son cara....

Las anécdotas de que se halla salpicada la *Histórica Relación* no carecen de gracia y son casi siempre sugestivas. La que, algo condensada, acabamos de reproducir, es típica del siglo XVII. En la centuria anterior o en la siguiente una anécdota semejante sería poco menos que inverosímil.

A diferencia de otros historiadores coloniales—del P. Rosales o del P. Olivares—que vivieron largo tiempo en Arauco y recorrieron casi todo el territorio de Chile, nuestro autor residió, mientras estuvo en el país, ordinariamente en Santiago. Profesaba aquí la cátedra de filosofía y llegó a ocupar el cargo de Rector del Convictorio de San Francisco Javier, el más importante instituto educacional de la época. Al indio lo conoció, pues, sólo de referencias. La semblanza que de él nos traza—literaria en mucha parte y ceñida a Ercilla—no tiene interés para conocer al araucano y ni aun para conocer la idea que del araucano se había formado el Padre Alonso. Encontramos, sin duda, algunos cuadros pintorescos de costumbres indígenas que merecen atención, pero nosotros vamos tras el concepto que el historiador se formara del araucano. Examinando con detención sus palabras creemos adivinar cierta inseguridad en el juicio, y, en general, no nos convence su entusiasmo. Hay en él algo que se nos antoja más verbal, más lírico que profundo. No dudamos, empero, de su sinceridad: queremos decir que lo arrastra el me-

dio ambiente jesuita (1), su espíritu apostólico, su fervor apasionado por todo lo chileno. Pero, por sus labios, no habla la convicción personal, producto de un conocimiento directo, o de un largo meditar.

La verdadera significación de las páginas que en la *Histórica Relación* se consagran al indio hállase en otro sitio. Merced a ellas asistimos a la metamorfosis de la creación poética de Ercilla, presenciemos el instante mismo en que ésta se transforma en elemento histórico.

A esta transmutación han de seguir incalculables consecuencias de interés sumo para la vida nacional, pero su análisis nos apartaría de nuestro camino, y será preciso, por el momento, limitarse a observar escuetamente el hecho. Tomemos para ello la estrofa del Canto I de *La Araucana* en que el poeta español presenta a los futuros héroes de su epopeya:

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

Oigamos, en seguida, al historiador chileno, y comparemos:

Son, por lo general, de cuerpos robustos, bien formados, de grande espalda, pecho levantado, de recios miembros y bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, nervudos, ani-

(1) La exaltación del indio fué entre los jesuitas una política sistemática. Impulsados por el ejemplo y las teorías del P. Valdivia, que había sido uno de los fundadores de la Compañía en Chile, llegaron a considerarse como sus obligados paladines y, procurando mejorar la condición de sus protegidos, no temieron exagerar el elogio y crear la leyenda.

mosos, valientes y atrevidos, duros en el trabajo y muy sufridos en hambres, fríos, aguas y calores... (1)

Alguna vez se ha señalado como un caso curioso y singular, en América el que nuestra literatura se haya iniciado, al igual que las de las antiguas civilizaciones, con el florecer de la poesía épica. Y ahora, para que el paralelismo sea más perfecto, comprobamos que nuestro primer historiador, a semejanza de los cronistas medioevales que en sus crónicas prosificaban las viejas *gestas*, prosifica el poema de Ercilla (2), alterando sólo el texto para introducir una expresión atenuante —un *por lo general*— que quite a la descripción ese carácter de cosa absoluta, licencia frecuente en el lenguaje de los poetas, poco inclinados a considerar la relatividad de las perfecciones humanas.

Así nace a la vida el mito araucano: la ficción poética ha sido transmutada en realidad histórica. El salvaje que vieron Pedro de Valdivia y Góngora de Marmolejo será ya en adelante el prócer nacional, especie de *soldado desconocido* al cual podremos atribuir todos los heroísmos, todas las virtudes, todas las capacidades. ¡Y hasta el talento artístico!

Veamos ahora qué piensa nuestro jesuíta de los criollos, o sea, de los chilenos de casta española. A la inversa de lo que le ocurre con los araucanos, a éstos los conoce bien. Ha vivido entre ellos y ha sido maestro de sus hijos. El mismo pertenece a dicha casta. Era su padre un rico encomendero español, capitán de los tercios—don Fernando Rodríguez del Manzano y Ovalle—, personaje que gozaba en Chile de gran prestigio

(1) *Histórica Relación*, t. I, lib. III, Cap. III.

(2) Ovalle ha tomado también mucho de Alvarez de Toledo, cuyas estrofas reproduce con frecuencia. Otras de sus principales fuentes son Antonio de Herrera, Los Anales de la Compañía de Jesús en Chile, los relatos que pudo oír a algunos misioneros, las cartas recibidas desde Chile durante su estada en Europa, sus conversaciones con el P. Luis de Valdivia al cual, ya muy anciano, visitó en Valladolid.

y poderosas influencias. Había casado en este país con doña María Pastene de Astudillo y Lantadilla, nieta de Juan Bautista Pastene—el hábil piloto de Pedro de Valdivia—, y se hallaba por su mujer emparentado a lo más rancio de la aristocracia santiagueña. A pesar de tan favorables circunstancias, Alonso de Ovalle no llega a desentrañar los rasgos típicos, distintivos del alma criolla: sólo repite algunos adjetivos que podrían aplicarse a cualquier pueblo: inteligentes, liberales, compasivos.

En diversos escritores coloniales encontraremos atisbos muy sagaces relacionados con este tema, pero a Ovalle, tan bien dotado en otros aspectos, faltábanle condiciones analíticas (1). No tenía los barruntos de psicólogo que suelen apuntar en el P. Olivares, carecía del espíritu crítico de Gómez de Vidaurre y aun del sentido práctico, realista de Rosales. Súmase a ello la especial disposición de su espíritu que le inclina a mirarlo todo por el lado favorable. Ovalle no censura nunca. Sus palabras respiran una bondad ingénita, si bien es una bondad inteligente. Con todo, anota respecto de los criollos algunas observaciones que merecerían meditarse: su escasa afición al estudio:

fácilmente le dan de mano, y en sonando la caja o la trompeta, se inquietan de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados;

su amor a los honores:

(1) La falta de espíritu crítico de nuestro autor vese también patente en la facilidad con que da crédito a ilusorios milagros. Los historiadores del siglo anterior se lo censuraron ásperamente. Pero, en realidad, no hay para qué alarmarse. Ovalle, sin duda, no inventó los casos milagrosos: ellos fueron también realidad, no realidad material y objetiva, sino realidad psicológica, y al transmitírnoslos, nos transmitió el sentir y el pensar de su época. El que busca únicamente la realidad objetiva en la *Relación* del jesuita, el simple compilador de hechos materiales, quédese en buena hora con éstos y prescinda de las causas extra-terrenas que el narrador les atribuye, mas no reniegue de ellas. Pues lo que para él es inútil escoria, puede llegar a convertirse en rico metal el día que un historiador de almas, que un psicólogo quiera darnos la imagen espiritual de la Colonia.

los que les saben obligar honrándolos y tratándolos con la cortesía y respeto debidos son dueños de sus voluntades;

su indocilidad ante el rigor:

si quieren llevarlos por mal, muerden la manta, y lo hacen peor.

Pero el aspecto del carácter chileno en que Ovalle insiste particularmente, aunque siempre con blandura, es la tendencia al derroche y la ostentación.

Nadie—dice—se tiene por menos rico, que es la perdición de las repúblicas.

Todo lo que en nuestro historiador falta de espíritu crítico y analítico está compensado por sus facultades narrativas y descriptivas. Los capítulos en que pinta la vida de los criollos, sus fiestas, costumbres y aficiones, constituyen una animada galería de detalles y rasgos pintorescos, de pequeños cuadritos y sugestivas anécdotas. Si de todo eso se hiciera una selección cuidada, a semejanza por ejemplo de la que ha realizado Carlos Pereyra con los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, y se agregaran ciertos escorzos de ciudades y sobre todo, los magníficos trozos que describen nuestra naturaleza, pondríamos al alcance de chilenos y extranjeros algunas de las páginas más sabrosas y más bellas que se hayan escrito en América (1). El P. Ovalle ocupa en las letras chilenas, y tal vez en las americanas, un sitio único. Tenemos olvidado en demasía que no sólo se trata de un buen escritor de esta tierra y que en él poseemos un clásico del idioma. El nombre del modesto jesuíta anda, en el *Diccionario de Autori-*

(1) En 1704 se publicó en Londres, formando parte de la Colección de Viajes de Churchill (vol. III), un extracto en inglés de la *Histórica relación*, análogo al que aquí propiciamos. La selección abarca más o menos ciento cincuenta páginas y ha sido reeditada varias veces.

dades de la Lengua Castellana, entreverado con los gloriosos de Cervantes y de Lope, de León, Góngora y Granada.

Tornemos al año 1618. Estamos en plena cordillera. «Vamos por aquellos montes pisando nubes. . . .» Por ocultos desfiladeros, entre escarpados precipicios, cabalgan sobre mulas cautelosas hasta cuatro o cinco hombres. Tal vez dos de ellos pertenecen a la Comunidad ignaciana. Otros son arrieros que conocen los más escondidos pasos. . . . Con ellos va un muchacho de diez y siete años, cuyos rasgos físicos no conservó la estampa, pero debía ser un muchacho fino, pálido, de aristocrático porte, y en todo él acaso se revelaba una voluntad firme unida a un temperamento nervioso, sensitivo. Desde los tiempos de la conquista han pasado por allí muchos hombres, pero todos iban con el ojo pegado a la pata de la cabalgadura. Ahora este joven, a pesar de las advertencias de los guías, como inconsciente del peligro, pasea sus miradas ávidas por el rudo grandioso paisaje. Aquel espectáculo se le entra por la retina y va a clavarse vivo en el fondo de su espíritu maravillado.

Entre tanto, en Santiago hay grande alarma. El primogénito de los Ovalle y Pastene ha desaparecido una tarde, tras las alegrías de una fiesta. . . .

Yo apetezco—había dicho esa misma tarde a su hermano Jerónimo, compañero de regocijos,—, yo apetezco aquellos gustos que no afanan, ni empalagan, ni desaparecen, ni rinden.

Háblase de que los jesuítas lo tienen secuestrado. La Compañía escucha estoica, empeños, súplicas, amenazas. Entáblanse en su contra querellas judiciales e intervienen las autoridades, las civiles y las eclesiásticas. La Compañía es poderosa y nada se consigue. Se recurre entonces a la astucia. Santiago organiza bulli-

ciosas mascaradas con el intento de raptar, en medio del desorden, al joven novicio. La Compañía no se deja engañar por embelecocos. Un temor surge de pronto. El mancebo podría ser enviado sorpresivamente a la Argentina, mas eso no será: ya en los desfiladeros andinos hay gentes armadas que están en acecho. . . . La Compañía, empero, posee grandes fundos cordilleranos y sus arrieros saben derroteros escondidos que nadie conoce.

La breve caravana avanza por la soledad abrupta. En los ojos candorosos del sensitivo adolescente se retratan, en sucesión fantástica, oscuras torrenteras, deslumbrantes cimas nevadas, aguas sonoras y claras; y su impresión es tan honda que veintiocho años más tarde, allá en Roma, convertido en Procurador de la Compañía, escribirá como si aun tuviese delante el opulento espectáculo:

Vamos por aquellos montes pisando nubes. . . . Hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza. El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies. . . . Cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado que apenas, y con dificultad, basta para la respiración. . . .

Verdaderamente es cosa más para vista que para referirla, si bien no les sale de balde a los caminantes la curiosidad de ver cosas tan singulares y admirables, porque los caminos son los más ásperos y dificultosos que puede fingir la más atrevida imaginación. . . . Se va siempre por un sendero donde apenas caben los pies de una mula: hácenle lado por una parte inmensos despeñaderos que tienen por término en su profundidad un furioso y caudaloso río, y por la otra, tajadas peñas y empinados montes, donde si topa la carga (como muchas veces acontece y lo he visto por mis ojos) en algún peñasco sobresaliente o en algún recodo que estrecha demasiadamente el paso, derrumba la mula y la hace ir volteando hasta dar con ella en el raudal del río. . . . En muchas partes es necesario

apearse, y aun no va un hombre seguro en sus mismos pies, porque algunas laderas son tan derechas y resbaladizas que pone grima andar por ellas. Son tan altas las subidas y bajadas, que cuando de lo bajo se tiende la vista a mirar a los que van ya en lo alto, parecen pigmeos, y a mí me parecía temeridad o cosa imposible el haber de llegar allá....

Menester fué para contrapeso y alivio de los peligros y penalidades de estos caminos, que templase Dios sus rigores con le entretenimiento de tantas y tan alegres fuentes y manantiales, como los que se van descubriendo y gozando por ellos; vense algunos descolgarse de una imperceptible altura, y no hallando obstáculo en el espacio intermedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande, y desbaratándose en el camino en menudas gotas, hacer en la bajada una hermosísima vista como de aljófar derramado, o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan y entretejen entre sí, haciendo un vistoso hondeado desde el alto de su nacimiento hasta la tierra, donde convirtiéndose en arroyos van a incorporarse con el canal principal del río, que corre por medio.

Otros se despeñan de no menor altura por peñas, que con sus diferentes posturas y disposiciones los hacen saltar de manera que ya toman ésta, ya aquella figura; aquí se levantan en forma de penachos y vistosos plumajes, allí se esconden como fugitivos por las grutas y cuevas, y remanecen donde menos se piensa, haciendo espuma y cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden y explayan con mansedumbre por las peñas lisas y llanas; otras se encanalan por las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como sierpes, ya dividiéndose en varios ramos y pasando por entre quijas a su centro. Vi otros que antes de llegar a la tierra se desataban y dividían entre sí, de manera que en medio del camino formaban una espesa lluvia; otros parecían garúa, y rocío, o átomos del sol; no es posible decirlo todo, ni por más que se pinte se podrá jamás arribar a la verdad de lo que allí se ve... (1).

(1) Las frases que componen este trozo han sido entresacadas de los capítulos V y VII (Lib. I. tomo I) de la *Histórica Relación*, y agrupadas libremente. Las junturas quedan marcadas con puntos suspensivos. Hemos usado de esta licencia en nuestro deseo de proporcionar al lector un cuadro sintético de la Cordillera que vió Alonso de Ovalle y de las bellezas descriptivas que encierran esos capítulos, cuya reproducción *in extenso* sería de todo punto imposible. Advertimos también que el autor, según el mismo lo afirma en su obra, volvió a transmontar la Cordillera en varias ocasiones, pero la gran sorpresa debió experimentarla en ese primero y novelesco viaje. Cuando años

Ercilla no vió nuestro paisaje; Oña vió lo que no existía; llega Ovalle y he aquí que descubre la cordillera. Los escritores chilenos, a partir de entonces, como embobados ante su majestad, permanecen vueltos hacia la mole andina, estáticos, sin que alcance a sus oídos el fragor del océano que golpea insistente a sus espaldas, clamando, exigiendo que se le mire. Nadie, sin embargo, oye el imperioso reclamo. Un día, casi al alborear el siglo XX, alguien escucha su voz. Mira y sorprende, tal vez asombrado, el soberbio espectáculo. El mar de Chile—el vasto mar de Chile—acaba de ser descubierto. Corre la noticia. Los escritores jóvenes, en falanges sucesivas, crecientes, se precipitan hacia él con la curiosidad, con la novedad de lo desconocido. Guillermo Labarca se queda *Mirando al océano*, Magallanes Moure arma su *Casa junto al mar*, Pablo Neruda canta nostálgico el amor de los marineros «que besan y se van»; Salvador Reyes se hace a la vela en su *Barco ebrio*—ambiciona ser *El último pirata*—; y hasta Mariano Latorre baja de la montaña y olvidando a los chilenos de la sierra, enreda su plática con los *Chilenos del mar* (1).

¿Cómo se ha despertado este súbito amor de las cosas marinas? ¿Quién ha sido el descubridor de este mar tanto tiempo ignorado y que hoy fascina a novelistas y poetas? Por nuestra mente, con guiño furtivo, pasan

después la definía como una «maravilla de la naturaleza, y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca», era sin duda esa visión primera la que se representaba a su mente. No sólo porque en la adolescencia se graban más intensamente nuestras impresiones y porque la impresión prístina suele ser la más fuerte, sino también por aquella ley psicológica que nos enseña que el mundo objetivo cobra mayor relieve ante nosotros en los momentos en que tenemos el alma agitada por emociones o preocupaciones vivas. Los sentidos y la memoria parecen, entonces, dotados de una hiper-sensibilidad, y sin darnos cuenta, espontáneamente—y de manera imborrable—, aprehendemos, absorbemos aspectos y detalles de las cosas que, en estado normal, nos habrían pasado inadvertidos.

(1) No es posible recordar a tantos otros: a Edwards Bello, viajero^o de *Cap Polonio*; a Garrido Merino con su *Barco inmóvil*; al atrevido Casassús explorador de *Altamar*; a Luis Enrique Délano, que en sus correrías marinas descubrió *Lucas en la isla*. Y basta de enumeraciones.

los nombres de Darío—el de *Azul*—, Isaías Gamboa, Pezoa Velis, D'Halmar, Dublé Urrutia. . . . Problema indiscutiblemente interesante—y no fácil—que acaso algún día intentemos resolver. Bástenos por ahora dejar establecido que el otro gran descubridor—el de la Cordillera—fué nuestro olvidado P. Ovalle.

La revelación de la belleza andina, antes no sospechada, produce efectos inmediatos. Todos o casi todos los escritores de la Colonia que vienen después de Ovalle, rendirán pleito homenaje a la hermosura de nuestras montañas. La venda cayó para siempre de los ojos. Y hoy seguimos mirando y admirando lo que antes nadie veía. *Cuna de cóndores*, *Montaña adentro* y varias otras de las mejores producciones de nuestra literatura actual, ¿no tendrán su fuente lejana en la revelación del jesuíta?

